

Nuestra hora final

Martin Rees

Francisco GARCÍA OLMEDO | Publicado el 09/09/2004

Martin Rees, Señor de Greenwich, ha cambiado su solemne capa de Astrónomo Real por el cónico capirote de astrólogo popular para turbarnos con la conjetura de que tal vez sea éste nuestro último siglo. Al cambiar el telescopio por la bola de cristal, no sólo adopta una nueva profesión sino una escala de tiempos distinta.

Como eminente astrónomo y cosmólogo ha tenido que moverse en la perspectiva temporal del millón de milenios, la unidad de oro de todos los cálculos sobre la hora última que ha de llegarle a cada reino: sólo faltaría uno para que sangre y savia se extingan sin remedio, tal vez dos para que se vacíen los mares con sus restantes tesoros, y no más de siete para que todo acabe fundido en un sol rojo y gigante. Ahora nos viene a decir Rees que, en unas décadas, el conocimiento habrá avanzado hasta el punto de que, tanto la especie colectivamente como un solo individuo -lúcido o lunático- tendrán el poder de dar por concluida nuestra jornada.

De acuerdo: tenemos suerte de haber sobrevivido tanto tiempo. Entre otros peligros, hemos sobrevivido al de devastación nuclear. Sin embargo, son nebulosos los peligros que, según Rees, nos puede plantear la nueva ciencia. Es cierto que, por primera vez en la historia de la especie, el ser humano ha dado un salto más allá de la capacidad de modificación de su forma de vida para incidir directamente sobre su propia naturaleza, y que esta nueva capacidad no estará exenta de peligros -ningún avance de la humanidad lo ha estado-, pero está lejos de ser evidente que éstos vayan a tener las dimensiones apocalípticas que les atribuye, y más dudoso aún que una hipotética máquina superinteligente pueda convertirse en la última invención de los humanos.

¿Qué podemos esperar del terror y del error en el nuevo siglo? Coincidimos con el autor en que del terror sólo podemos esperar incidentes de magnitud creciente en las próximas décadas. Sin embargo, no creemos que cualquier científico en su sano juicio pueda aceptar que las consecuencias del error científico, que se han producido en el pasado y se producirán en el futuro, hayan seguido o vayan a seguir el mismo patrón cuantitativo y temporal que las del terror. Resulta difícil admitir que a medida que aumentamos nuestro conocimiento sobre el mundo natural vaya a aumentar en paralelo nuestra capacidad de equivocarnos. Terror y error nunca deberían ponerse en el mismo saco.

Rees hace en *Nuestra hora final* un ejercicio intelectual válido y coherente, pero al mezclar problemas virtuales con los reales e inmediatos, envuelve a éstos en una niebla que puede despistar al lector menos avisado. Bastante acuciantes son ya los retos del aquí y ahora, tales como el conflicto entre población y medio ambiente o el desmán del terrorismo.
